

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA Y AMÉRICO CASTRO  
EN PORTUGAL:  
DOS CONTRAPUNTOS PERIFÉRICOS  
FRENTE A LA MODERNIDAD

RAÚL FERNÁNDEZ SÁNCHEZ-ALARCOS  
UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE

En el ámbito de las relaciones políticas y literarias que en las primeras décadas del siglo XX se establecieron entre España y Portugal, desearía en este trabajo comentar el carácter de las que en su momento entablaron respectivamente con el país vecino dos figuras sobresalientes de la cultura española de la época: Ramón Gómez de la Serna y Américo Castro. La lusofilia que ambos encarnan tiene, como es lógico, distinta motivación, pues fueron diferentes sus respectivas ocupaciones, pero alberga en su germen las mismas condiciones históricas que propiciaron el malestar de las élites intelectuales iberoamericanas a finales del siglo XIX. Examinemos en primer lugar la naturaleza de esta crisis.

Si las relaciones literarias entre España y Portugal cobraron un especial relieve a partir de finales del siglo XIX, ello fue debido, en parte, a que ambos países participaban de un mismo o parecido clima ideológico y político: el regeneracionista. Este ambiente, artístico y pragmático, se liga estrechamente a las discusiones que en la época se dan en torno a la superioridad de las razas anglosajonas sobre las latinas. La pérdida de influencia en la política exterior (agravada y puesta en evidencia en Portugal a partir del Ultimátum inglés de 1890 y en España tras el Desastre del 98) hizo que muchos sectores de la sociedad hispanolusa, en particular la ‘gente nueva’ finisecular de ambos países, retomaran críticamente el debate sobre el lugar que

ocupaban las naciones peninsulares dentro del concierto internacional. Se tornará, entonces, más acuciante para el intelectual peninsular -y también para el hispanoamericano- enjuiciar y valorar la idea, que se desarrolla en Europa con la contemporaneidad, de que el genio fundamental de la sociedad occidental está encarnado en la cultura anglonorteamericana o en la alemana, en contraste evidente con el atraso atávico de españoles y portugueses.

La crisis finisecular agudiza en la conciencia de las minorías cultas iberoamericanas, aún más si cabe, su estatus periférico y subsidiario respecto a los centros de influencia cultural, política y económica. El escritor peninsular e hispanoamericano, que busca en París su promoción literaria y económica<sup>1</sup>, reivindica al mismo tiempo una identidad independiente. A principios del siglo XX, Enrique Gómez Carrillo se quejaba amargamente, desde París, de que los franceses, fuera de los estereotipos creados por el romanticismo europeo sobre la península, conocían muy mal España y su literatura. Y en ese mismo tiempo, Azorín, muy agudamente, llega a decir que los españoles han terminado por creerse tal como son retratados por los extranjeros. Lo verdaderamente significativo, en cualquier caso, es que los escritores iberoamericanos terminan por reconocer su precario estado cultural y su limitado poder de influencia. Prueba de ello es que cuando se descubren lo hacen a través de Francia. De ahí que el escritor periférico (español, portugués o hispanoamericano) trate de medir el lugar que ocupa dentro del ‘campo literario’ (Bourdieu, 1995) al que se desearía pertenecer. En otras palabras, de medir el grado de estimación recibida por parte del centro sociocultural dominante<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Hecho corriente en España desde la segunda mitad del siglo XIX. Julio Nombela ofrece, en *Impresiones y recuerdos*, un testimonio muy vivo y documentado sobre esta dependencia. El trabajo más socorrido y remunerado solía ser el de traductor para la sección de libros españoles de los famosos editores Garnier.

<sup>2</sup> Esta queja hacia el desinterés que Francia muestra por la cultura española parte, en buena medida, del siglo XVIII. Se encuentra ya en las *Cartas marruecas* de Cadalso. De las referencias de Carrillo y Azorín se hace eco Amado Nervo en “La literatura española y portuguesa. El concepto francés de cada una de ellas”, donde puede leerse: “Francia hizo que los españoles y nosotros los hispanoamericanos conociésemos la literatura portuguesa (...); y pásmense ustedes todavía más: nosotros conocimos antes a los simbolistas portugueses que a los españoles, que los tenían al lado, y si ahora en España se sabe quiénes son Eugenio de Castro, Guerra Junqueiro, Silvio Rebello, Antonio Patricio; si se conoce a fondo al mismo gran Eça

Frente esta situación, el escritor regeneracionista reconoce su estado de postración y dependencia y, por ello, reclama la modernización como vía para contrarrestar la visión negativa que los anglosajones tienen de los pueblos iberoamericanos<sup>3</sup>. Santiago Ramón y Cajal, al evocar en *Recuerdos de mi vida* su visita a la Universidad de Clark, pudo verificar con lucidez hasta qué punto es real el juicio despectivo que sobre los españoles tenían los norteamericanos, que a su entender:

Traduce un sentimiento real, sumamente generalizado entre los pueblos anglosajones, sobre el cual debieran meditar muchos peninsulares e hispanoamericanos. De mis conversaciones con yanquis, ingleses y alemanes, he sacado la convicción –no descubro ningún secreto- de que, a juicio de los enérgicos y laboriosos hijos del Norte, las naciones mediterráneas, y singularmente la portuguesa y la española, están formadas por razas decadentes, degeneradas moral y físicamente, a quienes debe tratarse sin ninguna contemplación (...).

Creo sinceramente que somos calumniados; pero creo también que españoles, portugueses e hispanoamericanos, con nuestras grotescas asonadas y pronunciamientos, nuestro desdén por la ciencia y las grandes iniciativas industriales (...), nuestra secular ausencia de solidaridad política (...) hacemos cuanto es posible para justificar el desprecio y la codicia de las grandes nacionalidades (Ramón y Cajal, 2006: 583 y 584).

---

de Queiroz; si hay gentes tan bien informadas de la poesía lusitana como Alfredo Vicente o Francisco Villaespesa, no sólo se debe ello a Francia, sino un poco a nuestra América...” (Nervo, s/f [1928]:183 y 184). Unamuno también acusaría esta circunstancia: “En Madrid es más fácil encontrar un libro inglés, alemán o italiano que no portugués, y en Portugal hay Facultad de Medicina en que sirven de texto en Histología obras de nuestro Ramón y Cajal, pero... en francés”, (Unamuno, 1960: 15).

<sup>3</sup> Si bien aún pervive, sobre todo en la generación que ha crecido intelectualmente en el último tercio del siglo XIX, una visión romántica e idealizada en torno a la idiosincrasia de los pueblos latinos que, a modo de compensación espiritual, se contraponen al imperialismo hegemónico anglosajón. Así, Luis Morote recoge de Teófilo Braga este elocuente testimonio: “Los Estados Unidos de la Europa latina, de la Europa Occidental: he ahí el anhelo, el ideal, la visión del poder. Somos los mejores, los menos groseros y rapaces, los más humanos, en un grado excelso de superioridad sobre los sajones y sobre los germanos. La historia nos reserva todavía hazañas, heroísmos, organizaciones, progresos que realizar. Y realizándolos por medio de la federación, que respeta y consagra la autonomía y la independencia, se redime y se salva el alma portuguesa, el alma española, el alma italiana, el alma francesa” (Morote, s/f [1908]: 235).

Pasemos a continuación a tratar acerca de las visitas que Ramón Gómez de la Serna y Américo Castro hicieron a Portugal, respectivamente, en 1915 y 1928. Dentro de las coordinadas ideológicas y culturales que he apuntado, estas figuras representan ante al país vecino una actitud ideológica diferente. En buena medida, Ramón Gómez de la Serna encarna al artista que reacciona contra los valores antipoéticos de la sociedad moderna a través de la defensa a ultranza de la poesía. Por contra, Américo Castro representaría, frente al decurso histórico, la inteligencia intelectual que deviene cultura (Gutiérrez Girardot, 1983: 165). Recordemos su labor en el Centro de Estudios Históricos, creado en 1909, centrada, junto a Menéndez Pidal o Sánchez Albornoz, en la tarea de formar una escuela española de Historia y Filología<sup>4</sup>.

### 1. RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

La vida y obra de Ramón Gómez de la Serna podrían ser entendidas como una metáfora del destino problemático al que parece avocarse el devenir histórico de España y Portugal a comienzos del siglo veinte. Señala Iona Zlotescu que un rasgo fundamental de *Automoribundia*, el libro autobiográfico de Gómez de la Serna, es “(E)l continuo pendular entre el fervor alegre del recuerdo revivido y la circunstancia presente -‘la vida es triste y sin porvenir’-” (Gómez de la Serna, 1998: 49)<sup>5</sup>. Al envés delectable de sus recuerdos pertenecen las páginas que rememoran sus estancias en Portugal. El escritor, cuando visita el país vecino, hace ya años que vive alejado de la política. Su obra, a partir de *Morbideces*, se ha vuelto más intimista, más solipsista. A la altura de 1915, Ramón evita, cuando no ignora, el discurso regeneracionista, para refugiarse exclusivamente en la creación literaria.

En muchos aspectos, Ramón Gómez de la Serna representa la continuidad de la pose modernista finisecular, renovada e intensificada ahora con aires vanguardistas. Quiere esto decir que Gómez de la Serna refleja de modo sobresaliente la conflictiva relación que, desde el Romanticismo, el artista establece con la

<sup>4</sup> Referencia obligada para el estudio de este periodo es la monografía *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural* (Madrid, Cátedra, 1981), de José-Carlos Mainer.

<sup>5</sup> En adelante, en las citas de esta obra se indicará sólo el número de página.

sociedad a la que pertenece. La visita a Portugal es fruto de un típico y ramoniano viaje de huida; para dejar "... ese ambiente turbio y alevoso del Madrid de los ramplones" (371). Por otra parte, el viaje es obligado por las circunstancias históricas. En París, destino habitual de sus escapadas vitales, retumban los cañones de la primera gran guerra. Pero la visita es una agradable sorpresa para el escritor, que así escribe en sus memorias: "Era una época de Portugal que no podrán imaginarse los que fueron diez años después, y digo veinte años más tarde" (371), y más adelante, al sublimar ya la historia, cuya realidad se presiente abrumadora y plena de fatídicos presagios, añade: "Aquel Portugal no trastornado ni desvariado por la guerra, ilusionado aún por los sueños antiguos, virgen para el turismo, me entusiasmó y me hizo volver al pasado" (372)<sup>6</sup>. Dentro de una mentalidad muy modernista y posromántica, a Ramón se le revela en Portugal su condición extemporánea: "Descubrí que somos muertos de otro tiempo que podemos resucitar si encontramos un tiempo más tempranero y más irreparable que el que estamos viviendo" (372). En esta visión fantasmagórica y barroca del presente, coincide Ramón con otro escritor español experto en simulacros y camuflajes: José Bergamín. ¿Acaso porque, más allá de la propia finitud, se percibe España como ruina en disparatado tránsito hacia la autodestrucción?

Es curioso observar que en este viaje de huida se proyecta también un viaje interior en los confines de la Península portuguesa; identidad desengañada que, frente a la sociedad, revierte sobre sí misma<sup>7</sup>. Descontextualización, sustitución de la historia geopolítica por la leyenda, anhelo de espacios arcádicos, poesía, en fin, hallamos en la mirada lusa de Ramón. Aquí no hace el poeta sino desvelar su ascendencia romántica que es, qué duda cabe, muy contemporánea. Portugal y sus colonias inspiran al escritor el exotismo orientalista, la recreación mitificada del pasado, la transmutación de la realidad a través de la ficción poética: "Algo exótico, imaginativo y lleno de horizontes hay en su espíritu y eso procede de las extrañas y novelescas colonias que tiene" (374). La pervivencia del colonialismo portugués no provoca en Ramón la reflexión intelectual

<sup>6</sup> Oscuros presagios como los que Walter Benjamín describe en su tesis IX de las dieciocho *Tesis sobre filosofía de la historia*, al visualizar el ángel de la historia en el cuadro de Paul Klee *Angelus Novus*.

<sup>7</sup> "Aquel viaje me hizo más adepto de la peligrosa religión de la franqueza, acabó de acrisolar mi rebeldía contra la intriga y la deslealtad, ¡me volvió más loco de verdad íntima!" (372).

regeneracionista que se ve impelida a preguntarse sobre las causas de la decadencia de los pueblos latinos. Al contrario, observa en la excepcionalidad portuguesa algo espiritual y cosmopolita que proviene de allende los mares:

El espectáculo pintoresco de esas posesiones remotas y misteriosas, la riqueza que viene de ellas y que hay en poseerlas es lo que mantiene tan animoso al portugués y lo que le hace mirar al mar, en vez de mirar hacia atrás, hacia España, hacia el mundo que vive en una mayor sombra y en una mayor obcecación (374).

Parece desprenderse de este texto que en España no caben ya las ensoñaciones poéticas. Lejos de los temas habituales del iberoamericanismo de la época (regeneración, republicanismo, federación iberoamericana, etc.), el inventor de las greguerías encuentra en Portugal lo que no halla en París, ni siquiera ya en su Madrid natal: "...sol y aire de últimos de siglo, un lado del mundo rezagado y cordial, lejos de todo, lejos de Europa y lejos de América, un escondite de gaviotas" (371).

Tanto es así que Ramón decide construirse una casa en Estoril, en "... aquel recodo y regato del mundo, próximo a España y lejano de ella..." (520). El sosiego espiritual que halla en su nueva morada le permite escribir *El novelista*, *Cinelandia* y *Falsas novelas*. Y es que en la costa portuguesa reencuentra, aún más límpida y pletórica, la luz estival de su cielo madrileño, tan necesaria para su creatividad y con la que el escritor parece recuperar las ganas de vivir y trabajar ("Me siento torero del sol, osado espontáneo que se atreve con el mayor Miura conocido", 476). Bajo esta luz surge, a modo de causa eficiente, la inspiración, la percepción creadora del instante transformado en hallazgo poético: "Para mí ha sido una cosa de paraíso estar comiendo en un café a las tres de la tarde de un día tórrido, con las persianas verdes medio bajadas y ver pasar transeúntes torrefactos, como vagos reflejos en un espejo" (475). Desde su quinta de Estoril, también encuentra el escritor ese ambiente propicio a la captación moderna y antirrealista -¿ramoniana?- de la realidad<sup>8</sup>:

<sup>8</sup> Captación que choca con las convenciones de la narración realista que siguen imperando en su tiempo, pese a que una minoría intelectual denuncie, en ensayos y sucesivas polémicas, las limitaciones de la novela realista (Fernández Cifuentes, 1982: 62-74). El breve relato "El turista excepcional" representa metafóricamente el arte vivencial de su autor. Allí, transfigurado en el personaje de un turista atípico,

Desde allí veo llegar por el océano, en los grandes y constantes trasatlánticos que hacen escala en Lisboa, los personajes de futuras obras, esos desconocidos que con un solo atisbo hacen más por la novela que contando las historias que vivieron y no supieron vivir (520).

Dos años duró al escritor su refugio lusitano. Finalmente y para satisfacer deudas pendientes ha de malvender la finca. Y, entonces, el presente crepuscular de la escritura memorialista nos revela, acerca del que ha sido con Quevedo y Galdós quizás el más madrileño de los escritores, una confesión sorprendente: “Toda invención literaria hubiera sido posible si hubiese gozado de la casa que escuchaba la rogativa del mar” (522). La mirada retrospectiva sobre lo vivido evoca con trascendental melancolía la despedida de Portugal y, en cierto modo, anula la imagen arquetípica del Ramón urbano, entre castizo y vanguardista, tertuliano de café y del Pombo críptico, ahumado y bohemio:

Todas las ilusiones de estabilidad cerca de España y en sitio fácil para correos y actualidades habían quedado inutilizadas.

Los pitóforos plantados por ser árboles de hoja perenne, los palmares trasplantados, todo quedó allí en ajena finca. ¡Quizá ese ha sido el mayor adiós que he dado en la vida, pero es que toda la vida se compone de adioses hasta llegar al adiós colofonal! (525 y 526)

## 2. AMÉRICO CASTRO

Sobresale en el escritor de la Edad de Plata, frente a Portugal, un sentimiento de familiaridad y afecto que, si bien despojado ya de paternalismos decimonónicos, sigue derivándose, como es natural, de la pertenencia a una historia y un espacio comunes. En este sentido, Américo Castro en el verano de 1928 escribe:

Al ir a Portugal, realmente nos sentimos cóncavos. Se trata sin duda del extranjero, mas de un extranjero interpeninsular, con estadios en su evolución que nos son comunes con resonancias de un ajejo abolengo hispánico, junto a esenciales diferencias y discrepancias.

---

Gómez de la Serna se considera un “explorador de lo inaudito”, (Gómez de la Serna, 1962: 116).

Todo es interesante y enternecedor en este sesgo de la tierra portuguesa (Castro, 1972: 55)<sup>9</sup>.

Respecto al grado de conocimiento que España tiene de Portugal, Américo Castro constata la secular desidia que el español exhibe ante las cosas portuguesas. Situación que no es correlativa en el país vecino. Por el contrario, el historiador reconoce que la cultura española "... desde Cajal hasta Gómez de la Serna..." (56) es bastante conocida en Portugal, al menos por la clase culta.

El juicio de Castro verifica la discontinuidad de la lusofilia modernista que encarnó la generación literaria de fin de siglo (Fernández Sánchez-Alarcos, 2004). Agotada ésta, el acercamiento a Portugal se produce a título personal como en los casos que nos ocupan. Con todo, la reseña del viaje se hace eco de la pervivencia de convenciones sociales que acompañan a los encuentros culturales y literarios: el banquete, como ritual festivo de convivencia y cortesanía fraternal, y los discursos, que, aunque de forma retórica, siguen refiriéndose al permanente estado de noviazgo de los pueblos ibéricos y al utópico objetivo de la unificación.

Pero la visión de Castro sobre Portugal es la del historiador reformista. Y dentro de su trayectoria vital se corresponde al periodo en el que se proyectan soluciones a los problemas que pesan sobre España y su atraso económico e intelectual. Coincide con la actitud del reformismo republicano español. En consecuencia, difiere, claro está, en tono y sensibilidad de la actitud de Gómez de la Serna.

En 1928, Américo Castro advierte un clima de pesadumbre y tristeza en Portugal. El pesimismo persistente del pueblo portugués se debe, por una parte, al malestar -aún no aliviado- que siguió al Ultimátum inglés de 1891, y, por otra, a las negativas consecuencias que se derivaron de la participación lusa en la guerra del 14. Paradójicamente, para Castro, el mantenimiento de buena parte de su imperio colonial -que no resuelve la pobreza de la metrópoli- ha obligado a Portugal a sostener una política exterior a fin de cuentas perjudicial para sus intereses, como en el citado caso de su posición beligerante contra Alemania en la Primera Guerra mundial.

En este sentido, Américo Castro, a la luz del libro de Manuel de Ortigão-Burnay, *Aspectos da crise portuguesa*, establece un

<sup>9</sup> Este texto, "Entrando a Portugal" apareció originalmente en el periódico *La Nación*, el 15 de julio de 1928. En adelante, lo citaré indicando sólo el número de página.

interesante parangón entre las dos naciones peninsulares. Tras el desastre colonial, en medio de una sociedad enferma y sin pulso vital, se ha producido en España, sin embargo, una reacción positiva:

Los mejores españoles se pusieron a rabiarse, a escudriñar el pasado y el presente de su patria; y sobre todo a trabajar un poco más y mejor que antes, con el rostro muy vuelto a Europa. Los resultados de esos malos humores (tachados por los necios de antipatrióticos) son visibles. Madrid, poblado infatuado hace treinta años, comienza ya a ser una ciudad... (57).

Percibimos aquí al escritor novecentista; el eco del pensamiento liberal-reformista que bajo el magisterio de Ortega proyecta la renovación de las élites culturales españolas, único modo de superar el irracionalismo pesimista de la generación de fin de siglo. Eugenio D'Ors, Luis de Zulueta, Ramón Pérez de Ayala y otros, defenderán la fe en el trabajo bien hecho, la disciplina y el rigor intelectual, como proyecto educativo al servicio de la regeneración nacional<sup>10</sup>.

Portugal no ha sabido aprender la amarga, pero a la postre positiva, lección que algunos españoles sí aprendieron tras la derrota de 1898. Américo Castro observa, por tanto, en la obra de Ortigão-Burnay un tono crítico regeneracionista *déjà-vu*. La pervivencia de su imperio colonial perpetúa, a juicio de Castro, el mantenimiento por parte del Estado portugués de un discurso político que, como ya ocurriera en la España decimonónica, brilla por su retoricismo, pero que se revela falaz por su inadecuación con la realidad política: "...me parece -escribe Castro- que el mal grave que padecen nuestros vecinos, quizá el único, es el ilusionismo" (60). Los síntomas del enfermo son, en última instancia, los mismos que ha padecido y padece aún España, si bien ésta, al menos, se encuentra ya en fase de tratamiento: modernización precaria, sociedad básicamente rural, escasa urbanización, monarquía obsoleta, militarismo, etc.

En suma, Américo Castro desea para Portugal la misma receta regeneracionista prescrita para la nación española: reconocimiento del

<sup>10</sup> Reflejan muy bien este ideal programático novecentista los títulos *Aprendizaje y heroísmo*, Madrid, 1915, de Eugenio D'Ors y *La Edad heroica*, Madrid, 1916, de Luis de Zulueta. Estas obras recogen una serie de conferencias pronunciadas por sus autores en la Residencia de Estudiantes. Lejos del heroísmo romántico y modernista, la nueva dimensión heroica que se defiende ahora es la basada en el trabajo profesional, el estudio y el aprendizaje.

estado de crisis (“... las clases medias necesitan oír horrores...”, 62), análisis racional de la realidad (“Hay que ahogar en críticas las candorosas fatuidades”, 62), y, sobre todo, desarrollo de un programa pedagógico moderno centrado en la educación de los jóvenes (“Sólo de ahí puede salir una juventud alegre y animosa, que trabaje y se acueste temprano, como pide con gran fundamento Ortigão-Burnay”, 62).

Finalmente, la Guerra Civil española daría al traste con este recetario, pareciendo así constatarse el carácter agónico que preside todo lo español y lo portugués (ese “vivir desviviéndose” que Castro tratará en *España en su historia*). Prevalecerá, no obstante, aun en las duras condiciones del exilio, viva la esperanza y la fe, puestas al servicio del conocimiento ponderado de la historia. Así, en un texto de 1943, “Castilla la gentil”, Castro verá finalmente en la cultura española su razón de ser como pueblo y nación:

Lo que da un sentido, en el pasado y en el presente, a lo que llamamos España (...), no es el fruto de ninguna barbarie sangrienta (...), sino que es el fruto de unas creaciones labradas en palabras, en colores, en sonidos, en ideas, en paisajes, en piedras, y en algo noble y digno que yace en la conciencia de millones de gentes que siguen hablando la lengua de Castilla (Castro, 1972: 112 y 113).

La historia contemporánea de las interrelaciones culturales y literarias entre España y Portugal, ilustradas aquí muy brevemente a través de las figuras de Ramón Gómez de la Serna y Américo Castro, es, al margen de sus particularismos, la historia de una europeización problemática. La encrucijada finisecular puso en evidencia a través del conflicto colonial las contradicciones de la expansión del capitalismo en España y Portugal; su grado de dependencia periférica respecto a las metrópolis europeas. Reveló, en suma y en toda su dramática historicidad, la tensión que en la Península Ibérica se produjo entre la glorificación fútil del pasado y el deseo de abrirse a la modernidad, es decir, de ‘europeizarse’.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Bourdieu, Pierre (1995), *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- Castro, Américo (1972), “Castilla la gentil”, en *De la España que aún no conocía*, 1, México, Finisterre, pp. 109-117.
- (1972), “Entrando en Portugal”, en *De la España que aún no conocía*, 3, México, Finisterre, pp. 55-62.
- Fernández Cifuentes, Luis (1982), *Teoría y mercado de la novela*, Madrid, Gredos.
- Fernández Sánchez-Alarcos, Raúl (2004), “Los voceros de la modernidad ibérica (Villaespesa, Felipe Trigo y Luis Morote en Portugal)”, en J. Andujar Almansa y J. L. López Bretones (eds.), *Villaespesa y las poéticas del modernismo*, Almería, Universidad de Almería-Ayuntamiento de Almería-Unicaja Fundación, pp. 313-333.
- Gómez de la Serna, Ramón (1962), *Caprichos*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1998), Iona Zlotescu (ed.), *Obras completas XX. Escritos autobiográficos I. Automoribundia*, Barcelona, Círculo de lectores/Galaxia Gutenberg.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1983), *Modernismo*, Barcelona, Montesinos.
- Morote, Luis (s/f [1908]), *De la Dictadura a la República*, Valencia, Sempere.
- Nervo, Amado (s/f [1928]), *Obras completas: La Lengua y la Literatura*, XXII, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Ramón y Cajal, Santiago (2006), *Recuerdos de mi vida*, Barcelona, Crítica.
- Unamuno, Miguel (1960), *Por tierras de Portugal y España*, Madrid, Espasa-Calpe.